SEBASTIÁN FAURE

Contestación a una creyente



BIBLIOTECA
de
Tierra y Libertad

Calle Cadena, núm. 39
BARCELONA



Contestación a una creyente

Ha sido en mi poder la siguiente carta:

Lyon, 4 de octubre.

Sr. D. Sebastián Faure:

No tengo el honor de conocerle, pero he oído hablar mucho de usted.

Vuestro periódico *Le Quotidien*, que leí para darme personalmente cuenta de las opiniones que sostenéis, de las ideas que difundís, me ha convencido más aún de lo mucho que hay de culpable en la campaña que dirigís contra todo lo que se llama religion, ejército, disciplina, patrono, etc.

Yo soy protestante, y quiero mi religión, pero no soy devota. Si mis principios religiosos se hallan fuertemente arrraigados en mi alma, lo bastante para que vuestras dudas, vuestras refutaciones de la misma existencia de Dios no puedan quebrantarles, se, no obstante, respetar las creencias de los demás. En negar para sí mismo toda idea de religión, es usted de ello libre; pero, ¿habéis pensado, señor, en el mal que hacéis a la humanidad tratando de destruir toda creencia, sin conservar ni vuestras propias convicciones?

Vais predicando la nada, nuestra soledad sobre la tierra, lanzados aquí, pobres seres, como por azar... sin alma, ¡probablemente! En los días tristes, cuando el hombre llora la pérdida de un ser querido, por ley común de la humanidad, ¿queréis quitarle el supremo recurso del consuelo, de volverle a ver en la otra vida? Negáis la misericordia divina: ¿sabéis los propósitos de Dios respecto a nosotros? ¿Conocemos acaso sus misteriosos designios?

¡Obedezcamos su santa voluntad! ¡Sometámonos a nuestra suerte!

Con predicar revoluciones, con encender cóleras, ¿qué obtendréis sino es hacernos muy desgraciados, y, lo que es peor aún, hacer la existencia intolerable a los demás?

Os proponéis, según vuestros principios socialistas (bellos en sn exposición algunas veces, pero totalmente irrealizables), mejorar la suerte del género humano. ¿Cómo podréis hacerlo si destruís en él su mismo principio de dicha: la Fe? No quiero dar un sentimiento exclusivamente religioso a esta palabra. La hago extensiva al amor al país, al respeto a nuestro ejército, a los que nos gobiernan, a los patronos, al sentimiento de familia.

¡Cuántas veces me he indignado oyendo conversaciones de jóvenes, de jóvenes muchacas de mi propia edad! Antes de haber vivido ya parecen cansadas de la vida; imbuidas de falsos principios, descorazonadas, revueltas, han caído en el escepticismo, en la falta de respeto para todo lo grande y lo noble, en el ateísmo, en el antipatriotismo.

¡Oh! ¡vuestro canto de la Internacional! Quiero a las demás naciones tanto como a Francia, mientras son amigas de nuestro país, y deseo vivamente la paz, la paz general.

Pero, ¿dejaríais invadir nuestro país por las fuerzas extranjeras, y si algún pueblo pretendiese establecerse sobre nuestro pueblo natal, no le disputaríais palmo a palmo este querido terreno, que es nuestro? Nuestra Francia, cuyos hijos la aman muy poco al presente, ha ocupado en otro tiempo un respetable lugar en el mundo. No querráis, pues, destruir su armonía, enconando los odios de franceses contra franceses, de obreros contra patronos, y, lo que es peor aún, de los hombres contra Dios. Se me ha asegurado que existe el propósito de fundar un periódico con el objeto de excitar a los soldados a rebelarse contra sus jefes, excitándoles a no obedecer las órdenes dadas: ¿qué queréis hacer, pues, sin disciplina(¿Qué sería de un ejército dónde cada soldado hiciese lo que quisiera? ¿Es que no queréis ejército?

. . . .

¿Queréis dejar a nuestro país, en caso de un conflicto diplomático, sin defensa posible?

¡Preconizáis, asimismo, los matrimonios, no ya civiles, sino simplemente libres, sin autorización, ni aun legalización ante testigos en la Alcaldía!

¿No veis ya bastantes mujeres abandonadas por su marido y bastantes maridos engañados por su mujer en el régimen presente? ¿Cuáles serían las reivindicaciones naturales, de uno o de

otro, en caso de abandono o de infidelidad sin ninguna prueba? ¿Y los hijos? Nuestro país, ya bastante despoblado, lo sería más aun si las madres viesen en perspectiva el quedarse con la sola compañía de los pequeñuelos, expuestos a perecer de hambre y de frío.

¡No queráis, señor, condenar a la muerte a nuestro desgraciado país, destruyendo el corazón de sus hijos! ¿Queréis inaugurar un nuevo período de terror? ¿Gozaríais contemplando el derramamiento de sangre de franceses, matándose entre sí, extraviados, enloquecidos por vuestras teorías?

Vais de pueblo eu pueblo, de ciudad en ciudad, inculcando estas teorías a la juventud francesa, matando en ella la vitalidad de sus buenos sentimientos, substituyéndoles por deseos de venganza, de revuelta, por la indiferencia y el desprecio de la patria, de la familia, de la dicha; caos tumultuoso e hirviente de malas levaduras. ¿Dónde está la cortesía francesa, tan ensalzada en otros tiempos en el extranjero, la galantería para las señoras y el respeto para los ancianos? ¡Todo ha desaparecido!

Algunos de vuestros principios son aceptables en su base, pero asimilados en cerebros de gentes incultas, que creen al pie de la letra cuento se les dice, sin tomarse la pena de reflexionar y de analizar el pensamiento emitido, se convierten en nefastos, en perjudiciales. En vez de hacerles un bien, les lanzáis en un torbellino interminable y sin tregua:

Todo el mundo, no tiene, como usted, una nobleza de carácter, una elevada concepción de sus deberes personales en el mundo. No todos son capaces de conducirse bien y honestamente si no descubren tras sí una ley que les hable de una forma más explícita que podría hacerlo en ellos el sentimiento del honor, muy adormecido y nulo en muy pocas ocasiones.

Acaso creáis que en mi calidad de joven hablo desde el punto de vista femenino; no es este mi móvil, pues sé perfectamente que muchas de mis semejantes son veleidosas y desconocen lo que es la fidelidad. Para las jóvenes de mi sexo, lo mismo que para el sexo masculino, es necesaria una ley que les sujete el cumplimiento de su deber.

¡Se habla de probables guerras, de soliviantamientos de obreros, de males de todo género. Vosotros, los socialistas, sois los culpables de todo. Usted debe conocer el tercer acto de *Ruy-Blas,* cuando éste pone de manifiesto, ante miserables ministros, toda la miseria, la sangrienta podredumbre de España.

Conozco, de conformidad con lo que se me ha dicho de usted, señor, toda vuestra superioridad intelectual y sé que patrocináis

hermosas obras, tales como la de los niños de la Montaña. Pero, puesto que alguna vez soléis practicar el bien, ¿por qué no ponéis a contribución los incontrastables talentos que habéis recibido de Dios para hacerlo siempre?

Habéis desviado, turbado determinados cerebros, aniquilado las creencias de algunos corazones, hecho muchos desgraciados por el odio que han concebido contra la sociedad en general; ¿por qué no pretendéis calmar estos males que usted y otros de sus discípulos habéis sembrado? ¡Podríais hacer tanto bien con vuestra elocuencia y vuestra palabra persuasiva, y hacéis tanto mal!

Perdonadme, señor, el haberme tomado la libertad, yo, una desconocida, de escribiros una carta como esta. Pero estoy tan desconsolada ante el estado actual de nuestra sociedad, me causa tanta tristeza cada vez que oigo propósitos de escepticismo y de irreligión en torno mío (y es muy a menudo), amo tanto a nuestra querida Francia, a su ejército, que es su imagen viviente, a nuestra querida bandera, que vuestros discípulos no se dignan saludar a su paso; siento tanto respeto hacia Dios y todas las religiones, que no he vacilado en dirigiros estas líneas. Os tengo por tan inteligente y dotado de tan grande corazón que, en nombre de nuestro país, os suplico: Cesad esta atrevida campaña contra todo lo que contribuye a hacer fuerte y dichosa a la Humanidad: la Fe.

Si disponéis de algunos momentos y si no tenéis a menos, señor, contestar a una joven soliviantada contra vuestros principios, tendré sumo gusto en recibir carta vuestra.

Excusadme de lo que en la presente pueda haber de ingenuo, pues tengo la costumbre de decir las cosas tal como las pienso, esto es, con suma franqueza.

Recibid la manifestación de mi afecto.

FERNANDA GANEVAL

No hay en la anterior carta nada particularmente original; pero resulta, sin embargo, interesante en más de un concepto. En primer lugar, porque refleja un estado de ánimo muy común; después, por llevar impresa una gran sinceridad, y, finalmente, porque trata algunos puntos sobre los cuales no es nunca por demás el hablar.

Por todos estos motivos, juzgué procedente su publicación, después de haber obtenido la autorización correspondiente de la señorita Fernanda Ganeval.

Por iguales razones me propongo contestar a continuación.

SEBASTIÁN FAURE

Contestación

Lyon, 25 de octubre

Señorita: Su carta me ha causado placer y sentimiento a la vez.

Me ha causado placer porque me demuestra, a pesar de las precauciones tomadas para afirmar lo contrario, que la propaganda antirreligiosa, anticapitalista y anticonyugal que vengo haciendo no ha dejado de hacer vacilar, sobre sus bases, vuestras más firmes creencias, vuestros sentimientos más vivos.

Me ha producido sentimiento, porque denota en usted un estado de inquietud, de pena, de tristeza, de la cual mi propaganda sería la causa...

Pero si vuestra carta me ha producido extraña impresión de alegría y de aflicción combinadas, no me ha inspirado, lo confieso sinceramente, ninguna duda ni el menor arrepentimiento.

Es propio del hombre convencido no sentirse turbado por el espectáculo, generalmente en sí doloroso, de las perplejidades que determina, y constituye para él una preciosa ventaja esta inalterable serenidad, cuya pérdída le detendría o le haría vacilar en el camino que su conciencia le ha trazado.

Pero ha solicitado usted, y le debo, señorita, algunas explicaciones. Aunque fuese sola en reclamarlas, se las daria también. Nada dejaría de decirle. No obstante, tengo un interés mayor en ello, por estar convencido de que el caso de usted es el de gran número de personas, hombres o mujeres, jóvenes de uno u otro sexo, a quienes la misma obscuridad de los problemas que agitan las generaciones de nuestra época sume en una angustiosa ansiedad, de la cual esperan escapar, ¡pobres desgraciados!, refugiándose detrás de las barricadas, que creen indestructibles, de las creencias y de las ideas de que han participado generaciones que fueron.

Leed estas líneas, señorita; mas para leerlas y leerlas bien

y compenetraros de su contenido, no abráis solamente los ojos, aplicad igualmente vuestra inteligencia y vuestro corazón. No os preocupéis más que de discernir la verdad.

¡La Verdad!

Usted cree en Dios, señorita. Si existiese, El sería la Verdad, la Verdad sería Dios. Aplicando al estudio de la Verdad todas vuestras facultades de comprensión, os esforzáis, pnes, en comprender a Dios mismo.

* * *

Lo primero que usted me censura es mi carencia de fe religiosa.

A vuestros ojos, esta irreligión es una falta.

Esta falta, lo confieso, señorita, la cometo. No creo en Dios, y del Universo y del conjunto de fenómenos que lo constituyen y de las leyes que rigen las relaciones del todo y de la parte poseo una concepción que, aun vacilante respecto a determinados puntos, envueltos todavía en la incertidumbre, no por eso es menos netamente materialista.

Es concebible que, creyendo en la creación y en el creador, en la legislación y en el legislador divino, en la revelación y el revelador infalibles, en las miras insondables y en los designios misteriosos de la Providencia, considere usted como una falta, como un pecado imperdonable el acto de negar creación y creador, legislación y legislador impecables, revelación y reveladores supremos y Providencia justa y misericordiosa.

Si esto constituye una falta, señorita, si en ello hay pecado, proclamo altamente que este pecado, que esta falta son míos. Pero yo no soy de ello culpable.

Yo creí en Dios, yo lo amé. Por ardiente que sea vuestra adoración, mi fe y mi adoración fueron, lo afirmo a usted, igual a las suyas.

Pero cuando he pretendido ver a Dios de más cerca y lo he buscado, no ya con el estúpido fanatismo del hombre salvaje, no con la credulidad infantil del niño, no con la torpeza del ignorante, sino con el resuelto deseo de asir mi fe

a punto sólido, con la formal voluntad de ir, en el campo de las investigaciones, tan lejos como podrían llevarme, en vano he buscado al Creador, al Legislador, al Revelador, a la Providencia. En vano he buscado a Dios, pues no he sabido encontrarle.

¿Es falta mía ésta? ¿Debía violentar mi razón e inclinar mi conciencia ante lo mismo que conceptuaba como absurdo? ¿Hubiese procedido lealmente condenando mis hinojos a seguir doblándose, mis manos a continuar dando golpes al pecho y mis labios a proseguir murmurando oraciones?

Ahí hubiese existido la falta, señorita, porque hubiese habido en ello hipocresía.

* * *

Además, supongo reconocerá usted que el no creer en Dios y el negar su existencia es cosa exclusivamente mía, de la que soy por completo libre. De ello estoy satisfecho; tanto más satisfecho cuanto que, ni aun queriéndolo, se me podría privar de esta facultad.

Pero lo que me reprocha usted, señorita, no ya como una falta, sino como un crimen, es de no ahogar en mi la negación que se impone a mi espíritu; es de exponer públicamente las razones que hacen de mí un ateo; es de dedicar mi talento (si lo tengo, ¿por qué Dios lo concede a un ser que hace de él tan mal uso?) a propagar los sentimientos antireligiosos que me animan.

Para decir tales cosas es preciso, señorita, que la Fe os ciegue.

¿Acaso los Padres de la Iglesia y, desde la Reforma, todos los Pastores, no han enseñado, según la Biblia y con la Biblia, que la Fe que no obra no es la verdadera Fe?

¿No protestaría vuestra conciencia si nada hiciese usted para hacer partícipe al prógimo del ardor religioso que la devora?

¿No le parece que faltaría a los más imperiosos y a los más sagrados deberes si no trabajase usted para conducir a

los pies del que adora, a las almas descarriadas que no piensan en su salvación eterna?

¿Y es este pecado—¡mortal entre todos los pecados!—este pecado, con el cual no quisiera cargar usted su conciencia, el que me aconseja que realice?

Lo que bajo ningún precio consentiría usted en hacer, guardar silencio, ahogar sus convicciones, ¿es lo que quisiera usted que yo hiciese, y porque me resisto a ello me llama criminal?

¡Ah, señorita! ¿Supone usted, pues, que el que no cree en Dios cesa de ser hombre y de tener conciencia?

* * *

Pero, comprendo perfectamente por qué razones me conjura usted a que no intente arrancar a los demás, a mis hermanos en humanidad, de las creencias religiosas.

Vamos a estudiar las razones que, al efecto, aduce y a examinar el valor de las mismas.

La Fe no consuela

Ve usted a la pobre humanidad víctima de los sufrimientos, expuesta a las privaciones, condenada a las enfermedades, presa de las miserias, y considera que arrancarle la fe es cometer una acción cruel, porque equivale a privarle del único consuelo con que cuenta.

Como usted, señorita, me hago cargo del dolor que embarga a nuestra infortunada especie, y como usted tengo de ello un sentimiento por demás intenso

Pero mientras usted no desea más que adormecer el sufrimiento, yo trabajo para conjurarle; mientras usted se limita a colocarse a la cabeza del paciente murmurando a su oído palabras de aliento, yo me preocupo de curarle; mientras usted cree en la fatalidad de los males en que gimen los humanos bajo la implacable ley del dolor, yo tengo la convicción de que esta fatalidad es debida a circunstancias histó-

ricas que desaparecerán, y mis esfuerzos tienden a eliminar lo más pronto posible estas circunstancias.

Así usted es lógica—lógica consigo misma—cuando haciendo del sufrimiento una inevitable necesidad, erige la resignación en imperioso deber; pero lógico soy yo igualmente cuando, considerando el dolor —dejo aparte este género de aflicciones inherentes a la naturaleza humana—como consecuencia de una civilización criminal, me dedico a denunciar los vicios de esta civilización; y lógico sigo siendo cuando dedico mis fuerzas a levantar la conciencia universal contra estos vicios, así como a preparar la revolución en los cerebros y en los corazones.

No debe aceptarse la resignación, es decir, no sufrirse la adversidad en silencio. Es más, la resignación sólo se adquiere a condición de creer que aquélla es invencible.

Sin embargo, ser resignado no equivale a ser consolado.

El consuelo sólo es consecuencia de la desaparición del mal, del olvido o de la esperanza de conjurarlo o de olvidarlo.

Apiadarse del infortunio del ciego, decirle, repetirle que es digno de lástima por encontrarse sumergido constantemente en las tinieblas, pero que, ya que se halla privado de la alegría de ver y nada hay que hacer para volverle a la luz, es necesario que sepa soportar su mal con paciencia y resignarse, no es consolarle.

Consolarle es, después de haber estudiado con cuidado las causas de la ceguera, y después de haber adquirido la certidumbre de que su enfermedad no es incurable, hacerle entrever la posibilidad de su curación, enseñarle el tratamiento a emplear, la operación a practicar y mediante la evocación de bellezas que tendrá la dicha de contemplar una vez curado, inducirle la voluntad a someterse a la operación necesaria.

Así es, afirmando—según es mi convicción—a las desgraciadas víctimas de nuestra detestable organización social, que la enfermedad que sufren no es incurable; enseñándolas a conocer las causas de esta enfermedad, indicándolas el tratamiento a seguir, infundiéndolas en su corazón la dulce

años escribí en un folleto titulado *Los crímenes de Dios*, y si estas líneas le parecen en desacuerdo con la verdad histórica, quédale siempre la facultad de rectificar los errores que me impute.

Reproduzco textualmente:

«Dios es la religión:

»Luego la religión es el pensamiento encadenado. El creyente tiene ojos y no debe ver; tiene oídos y no debe oir; tiene manos y no debe tocar: tiene cerebro y no debe razonar. No debe fijarse en sus manos, en sus oídos, en sus ojos, en su intelecto. En todas las cosas y en todos los asuntos tiene el deber de interrogar a la revelación, de inclinarse ante los textos, de amoldar su pensamiento a las enseñanzas de la ortodoxia. Cuando la evidencia aparece en desacuerdo con la fe, trata a la evidencia de imprudencia blasfematoria. Cuando la ficción y la mentira sirven los intereses de su Dios, las proclama verdad y realidad. No pretendáis hacerle tocar con el dedo la inepcia de sus supersticiones: os contestará cerrándoos la boca si dispone de medios para ello, o injuriándoos indignamente tan pronto volváis la espalda si es impotente.

«La religión se apodera de la inteligencia apenas despertada del niño, la amolda a procedimientos irracionales, la aclimata a métodos erróneos y la deja desarmada ante la razón, en pugna con la realidad. El atentado que la religión pretende cometer contra el niño de hoy, lo ha consumado durante siglos contra la humanidad niño.

»Aprovechando, abusando de la credulidad, de la ignorancia, de la timidez de espíritu de nuestros padres, las religiones, todas sin excepción, han obscurecido el pensamiento y encadenado el cerebro de las generaciones anteriores a la nuestra.

»La religión sigue siendo el *progreso retrasado.*

»Para el que espera estúpidamente una eternidad de alegrías o de sufrimientos, la vida no es nada.

»Como duración, veinte, cincuenta, cien años, nada representan comparados con los siglos sin fin que constituyen la eternidad. ¿Va el individuo sujeto al yugo de las religio-

esperanza de una curación próxima, como las aliento y las consuelo.

El verdadero consuelo es, pues, el que les aporta usted, señorita, con sus consejos de resignación a los «designios de Dios y a los misteriosos fines de la Providencia», con sus propósitos de una eterna felicidad, que sería el premio a esta ciega sumisión a la voluntad suprema.

Durante siglos, los ministros de todos los cultos, los representantes de los Dioses prodigan estas exhortaciones a los afligidos, estas promesas a los «desesperados». No obstante, el dolor continúa también su implacable obra desoladora, y la esperanza de infinitas bienandanzas—en el otro mundo—no impide que la humanidad gima en el desaliento y en la postración.

¡Ya ve usted, pues, señorita, como la Fe no consuela!

* * *

Además: ¿cree usted, realmente, que los tristes, que los desesperados pueden ser consolados por los mismos que los engañan?

Si así lo cree usted, vive en nn error, señorita. Usted les engaña de buena fe, me complazco en reconocerlo, porque usted misma se halla en un error; mas no por esto les engaña menos, pues decirles que «el mismo principio de dicha para la humanidad, estriba en la Fe», decirles esto es abusar de ellos.

¿Conocerá usted, señorita, exclusivamente cuanto afecta a las cosas relacionadas con la religión y se habrán olvidado de enseñarle la Historia?

¿Ignora usted el mal que las religiones—todas las religiones—han hecho a la humanidad y los suplicios ocasionados por aquéllas en toda la tierra?

Es muy verosímil: es de suponer que no conoce usted, de la Historia, más que aquello que sus maestros han querido enseñarle, como tantas otras.

Pues bien; lea usted, señorita, lo que hace ya algunos

nes a conceder alguna importancia a esta corta travesía, a este viaje de un momento? No; ni debe hacerlo.

»A sus ojos, la vida no es más que el prefacio de la eternidad que espera; la tierra es simplemente el vestíbulo que conduce a ella.

»Entonces, ¿a qué luchar, investigar, comprender y saber? ¿A qué preocuparse en mejorar las condiciones de un viaje tan corto y en hacer más amplio, más aireado, más alumbrado este pasillo, en donde sólo se permanece un minuto?

»Una sola cosa tiene importancia: conseguir la salud del alma, someterse a Dios.

»El progreso sólo es obtenido por un esfuerzo persistente de aquellos que han experimentado la necesidad de hacerlo efectivo. Y como vivir bien, satisfacer esta necesidad, disminuir las penas, acrecentar el bienestar, son cosas de escasa importancia a los ojos del hombre de fe, poco le importa a él el progreso.

»¿Pueden concebirse, entonces, crímenes más afrentosos? ¡Y las sangrientas guerras que en nombre y por cuenta de diversos cultos han azotado a centenares, a miles de generaciones, a millones de combatientes! ¿Quién es capaz de enumerar los conflictos a los cuales las religiones han dado lugar?

»¿Quién formulará el total de los muertos, de los asesinatos, de las hecatombes, de los fusilamientos, de los crímenes con que el sectarismo religioso y el misticismo intolerante han ensangrentado el suelo sobre el cual se arrastra la humanidad aplastada por el sanguinario tirano que las castas sacerdotales se han impuesto la siniestra misión de hacernos adorar?

»¿Qué incoparable artista sabrá pintar jamás, con la suficiente riqueza de colorido y la exactitud de detalles indispensables, las trágicas peripecias de este drama terrible, sombrío, espeluznante, que durante seis siglos fué el espanto de las civilizaciones bastante desgraciadas por gemir bajo la dominación de la Iglesia católica y que la historia conoce con el nombre de Inquisición?

»La religión es el odio sembrado entre los humanos; es

el servilismo indigno y resignado de millones de sometidos; es la ferocidad arrogante de los papas, de los pontífices y de los curas.

»Es, además, el triunfo de la moral comprimida, que induce a la mutilación del ser, moral de maceración de la carne y del espíritu; moral de mortificación, de abnegación, de sacrificio; moral que impone al individuo la obligación de reprimir sus más generosos sentimientos; de comprimir sus instintivos impulsos, de matar sus pasiones, de ahogar sus deseos; moral que llena el espíritu de torpes prejuicios, que atormenta la conciencia con remordimientos; moral que engendra la resignación, rompe los poderosos resortes de la energía, ahoga el esfuerzo libertador de la revuelta y perpetúa el despotismo de los amos, la explotación de los ricos y el indigno poder de los curas.

»La ignorancia en los cerebros, el odio en el corazón, la bajeza en la voluntad; tales son los crímenes que imputo a la idea de Dios y a su fatal corolario, la religión.

»Todos estos crímenes, de los cuales acuso públicamente, retándoles a discusión, a los impostores que hablan y se agitan en nombre de un Dios que no existe, les llamo *Los Crímenes de Dios*, porque han sido cometidos en su nombre, porque han sido y son aún engendrados por la idea de Dios.»

* * *

¿Se atreverá usted aun a sostener, señorita, que Dios, la religión y la fe constituyen para la humanidad el mismo principio de dicha?

Usted lo ha dicho; para usted la fe, no solamente es la religión, sino que además es el respeto y el amor a todo cuanto constituye la base de la sociedad: la Patria, la Bandera, el Ejército, la Moral y el Patrono.

Cuando los curas afirman que el ateísmo conduce necesariamente a la acción revolucionaria y, para emplear sus mismas palabras, a la «destrucción de todo lo que nuestros mayores respetaban y de todo lo que se sostiene aún, sobre estas bases, ya vacilantes, del antiguo edificio social», aunque no es preciso tener el sentido de la observación muy desarrollado para conocer los propósitos que les animan, fuerza es reconocer que *por esta vez* dichos señores no mienten.

Yo me asombro de que existan socialistas —socialistas que se limitan a no afirmar nada fuera del estudio de los mismos hechos— que pretendan sostener que la lucha contra las religiones carece de importancia y que el hecho de que un individuo crea o no apenas significa nada.

No es este el momento oportuno de discutir seriamente tal manera de apreciar la cuestión, por lo que me limitaré a observar que si la propaganda contra la Fe no es útil para el socialismo, la consecuencia debe ser que, creyente o religioso, deísta o ateo, el uno como el otro y éste tan fácilmente y tan rápidamente como aquél, pueden llegar a la concepción del socialismo.

No obstante, en el mundo socialista, ¿dónde están los que frecuentan la Iglesia, el Templo o la Sinagoga? Y en el mundo religioso, ¿dónde los que rinden culto al Patronato, al Gobierno, a la Familia en su actual modo de estar constituída, etc., etc.?

Pero nos hemos desviado un poco del objeto preciso de nuestra conversación. Vuelvo a ella, para continuar demostrándole, señorita, que el dogma patriótico y los curas que lo propagan no valen más que los otros curas y el otro dogma, de los cuales, por otra parte, continúan la tradición.

* * *

Todo gobierno implica la necesidad de una religión.

Durante largo tiempo, en Francia, ha bastado el cristianismo. Excepto algunos espíritus superiores, la totalidad de los individuos, inclinándose al dogma cristiano, se resigna-

Nuevo dogma, nuevos curas

Reanudemos ahora la discusión desde el punto en que la habíamos dejado.

He dedicado mis dos primeros artículos al examen de las tristezas que le causa a usted mi propaganda antirreligiosa. Voy a estudiar ahora la reprobación que le inspira mi irreverencia ante todo cuanto afecta a la Fe Patriótica.

Ha expresado usted un pensamiento de extrema concisión y exactitud cuando, después de escribir «para la humanidad el mismo principio de dicha es la Fe», añadió:

«No quiero dar un sentimiento exclusivo de religión a esta palabra. La hago extensiva al amor al país, al Ejército, a los que nos gobiernan, a los patronos, al sentimiento de familia.»

Ha estado usted oportuna al comprender todas estas cosas en una sola palabra: la Fe. El respeto y la adhesión a estas diversas instituciones son, en efecto, actos de Fe; son las formas contemporáneas del sentimiento religioso, y para ser fiel al mismo, el que cree en Dios debe creer igualmente en la esencia providencial y en la necesidad de estas instituciones, que son la base de nuestra sociedad profundamente cristianizada.

Durante el largo tiempo que he tenido fe, me he inclinado ante todo eso. Los que me enseñaron la Historia en el colegio, me inculcaron la idea de que aquélla no es más que el desenvolvimiento, obscuro a veces, pero constantemente regular, de los pueblos y de las razas, de conformidad con el plan eternamente concebido por la Infinita Sabiduría y la Soberana Voluntad de la Providencia. Así pensaba ingenuamente que todas estas instituciones, propiedad, familia, gobierno y religión, siendo de origen divino eran imperecederas y tan indestructibles como Dios mismo.

Y no dejé de pensar de la misma conformidad hasta el día en que cesé de creer definitivamente en Dios.

En la relación de las ideas y de los sentimientos, todo se encadena.

ba al Decálogo y se conformaba con los ritos y las ceremonias del culto.

Un día el dogma engendró la indiferencia; después la negación, la hostilidad.

Hoy, sin que pueda afirmarse que el número de los infieles es superior al de los creyentes, no es aventurado asegurar que el primero se acrecienta cada día y que no tardará en superar al segundo.

La fe queda refugiada en algunas inteligencias obtusas, en algunas conciencias timoratas. Ha huído de las regiones de la intelectualidad, ha desertado de los cerebros amantes del saber y de la reflexión.

Al posesionarse los librepensadores del poder, no han tardado en darse cuenta de que la religión es el auxiliar indispensable de la autoridad. Rehabilitar ante la opinión pública a este mismo Dios que tanto habían combatido; ofrecer el respeto de las muchedumbres a los ensotanados que tanto habían cubierto de oprobio; conducir al pueblo al pie de los altares para participar de las ceremonias que tanto habían ridiculizado les pareció, con justa razón, imposible; se abre una vez la puerta de un cerebro para deslizar furtivamente en él el fanatismo religioso; mas cuando éste ha sido vergonzosamente expulsado, no se consigue nunca más reintegrarle en su antiguo puesto.

Entonces se fué substituyendo insensiblemente el dogma y demás accesorios de la religión vieja por una religión nueva: por el patriotismo.

* * *

El patriotismo es un producto químico que, por 100 gramos, da el análisis: 40 gramos de amor y 60 de odio. El amor se halla limitado a los habitantes de una misma nación, constituyendo para cada uno de ellos «la patria»; el odio se extiende a todo el que se halla más allá de los limites trazados por la Geografía en aquel preciso momento, bajo el nombre de fronteras.

Pero un patriota que se estime en algo no se limitará a

sentir su amor a los nacionales y su odio a todos los demás. Sus afectos y sus antipatías *deben* igualmente aplicarse a las cosas: de la parte acá de las fronteras, las praderas son risueñas, el sol brillante, las noches estrelladas, perfumadas las flores, nobles los caracteres, las inteligencias elevadas; todo es bello, bueno, justo y verdadero. Al otro lado de la frontera, por el contrario, todo es falso, inicuo, malo y feo; no hay inteligencia ni talento; la lengua es bárbara, la industria inferior, viles los caracteres, el cielo gris, el suelo desolado.

Y observad que en cada «patria» existen estos ánimos absurdos. Aquí, un francés vale dos alemanes, tres ingleses, cuatro italianos, cinco españoles, etc.; a orillas del Támesis, un inglés vale dos franceses, tres alemanes, cuatro españoles, etc.; en Moscou, un ruso vale dos prusianos, tres belgas, cuatro portugueses, y así sucesivamente en todas las naciones.

Lo extraordinario —aunque cuando se trata de religión no hay nada extraño—, es que a cada rectificación de mapa, a cada modificación de fronteras *deba* corresponder, para el entusiasta patriota, una alteración en sus execraciones y en sus ternuras, pues ha de cambiar de sentimiento como de nacionalidad.

De todos estos fenómenos de amor y odio, del valor respectivo de un francés, de un ruso, de un austriaco o de un inglés, no pida usted jamás la causa a un patriota, pues jamás se interrogo a sí mismo acerca de estos extremos: él cree; cuando era niño le fueron inculcadas estas ideas, que han crecido con él y que forman parte de su ser. Cree, y el creyente no razona, no debe razonar. El patriota se halla entregado a una verdadera religión: la patria.

Esta religión tiene su dogma, sus símbolos, sus trofeos, sus templos, sus ceremonias, sus cánticos, sus sacrificios, sus deberes, su moral, su infierno, su paraíso y su gloria.

Las batallas fecundas

Así se concibe fácilmente que el dogma patriótico no pueda reclutar fervientes partidarios entre los trabajadores, los cuales no conocen de la Patria más que las inmolaciones; compréndese fácilmente, por el contrario, todo el beneficio que de él pueden obtener los gobernantes, los propietarios, los industriales, los comerciantes, los banqueros y cuantos hacen del culto a este dogma una profesión.

Todas estas gentes que usan un cliché gastado—hablan siempre de la patria sin pensar jamás en ella—tienen un interés primordial en sembrar y en cultivar el patriotismo en los corazones.

Tienen *interés económico*, porque las guerras y las expediciones sirven de tapadera a combinaciones industriales, comerciales y financieras; los tratados de paz que estipulan grandes indemnizaciones y cláusulas comerciales favorables a los vencedores, ponen esta verdad en evidencia.

Tienen *interés político*, porque la revuelta puede ser individual o colectiva. Cuando la infracción a la ley es individual, la policía y la gendarmería bastan; cuando adquiere un carácter colectivo, huelga, manifestación tumultuosa, insurrección, etc., no bastan los policías ni la gendarmería, debiendo intervenir el ejército. Los hechos patentizan esta realidad.

Tienen *interés moral*, porque en una sociedad autoritaria es preciso la existencia de amos y de esclavos y no de hombres libres.

Añádase a lo dicho, que los maestros cantores del patriotismo disponen de gran habilidad para desviar las miradas de la masa de los espectáculos cuya contemplación sería peligrosa—para los directores—tales como concesiones, escándalos, abuso de poderes, miseria pública, etc.

Mientras nuestros padres estaban absortos en la contemplación de las cosas celestes, los curas registraban sus bolsillos y se los vaciaban; los ministros del nuevo culto vacían también nuestras faldriqueras por medio de los impuestos, y

Este es el enemigo verdadero, el *único* enemigo.

La patria que los franceses deben conquistar —sublime y fecundo rescate— es el suelo de Francia, sobre el cual viven, las riquezas que en ella se encuentran y todo el mecanismo que en la misma existe.

A la vez que un derecho, es esto para ellos un deber, y cuando querrán estará en sus manos este tesoro del invasor, no para esclavizarle ni para expulsarle a la vez, sino para vivir en paz, en amor con él, sobre la tierra cultivada con la cooperación de todos.

Las dos provincias, pues, que el pueblo francés debe hacerse restituir son: *el bienestar y la libertad.*

Cuando este acto de justicia sea un hecho, habrán desaparecido las guerras imbéciles, las estúpidas carnicerías. Entonces, definitivamente reconciliados, todos los hombres librarán batalla contra las enfermedades, contra los azotes, contra los elementos, contra el dolor, cualquiera que sea el aspecto bajo el cual se presente.

Entonces verán abierto ante sus ojos un campo glorioso, fecundo y sin límites.

La libertad del amor

Hemos llegado, señorita, al punto más delicado. En amor preconizo la abolición de toda ceremonia legal, de toda reglamentación oficial.

El amor, este sentimiento y esta fuerza tan universal como imperecedera, nace y vive en el imperio de las sombras. Yo quisiera ponerlo al abrigo de los peligros; yo desearía libertarle de la servidumbre y de la hipocresía.

¡Y usted me censura la propaganda que hago en este sentido!

El asunto, señorita, aunque severo y grave, es demasiado simpático, demasiado poético y conmovedor para que, al tratarle, emplee otro tono distinto del usado hasta ahora.

Mis argumentos de defensa se inspirarán en los argumentos de ataque empleados por usted. Pretendo hacer en-

trar, en el cuadro un poco reducido de vuestras censuras, la contestación que tan vasto tema requiriera, más extenso sin duda, si no más preciso.

Empiezo por reproducir lo que al efecto ha escrito usted.

«Preconizais asimismo los matrimonios, no ya civiles, sino simplemente libres; ¡sin autorización ni aun legalización ante testigo en la Alcaldía!

»¿No veis ya bastantes mujeres abandonadas por su marido y bastantes maridos engañados por su mujer en el régimen presente? ¿Cuáles serían las reivindicaciones naturales del uno o del otro, en caso de infidelidad, sin existir ninguna prueba? ¿Y los hijos? Nuestro país, ya bastante despoblado, lo sería más aun si las madres viesen en perspectiva el quedarse con la sola compañía de los pequeñuelos, expuestos a perecer de hambre y de frío.»

Y ahora entro en materia. Pero antes, permítame usted, señorita, que tome las tijeras y corte en pequeñas partes la acusación.

Análisis primero, recapacitación y síntesis después. Este es el medio más a propósito para hacer un estudio verdaderamente serio.

«Preconizáis asimismo los casamientos no ya civiles, sino completamente libres, sin autorización ni aun legalización en la Alcaldía...»

Sí, señorita, preconizo eso mismo que a usted le parece de tan inconcebible audacia ante la sacrosanta institución del matrimonio.

Pero observe usted que jamás profanó la unión libre, santa, sublime—porque está de acuerdo con la Naturaleza—de los seres que se aman y que no sienten la necesidad de solicitar ninguna autorización ni de emplear ninguna sanción legal para prodigarse mútuamente las más dulces y más convincentes pruebas.

Dos seres llenos de vida y de pasión no someten su amor a la ridícula y vana prueba del «casamiento». Se entregan uno y otro en la imperiosa seducción de sus espíritus, de su corazón y de su carne, y dejan para otros la vergüenza de llamar en auxilio de sus deseos a los defensores del

Código, al notario, al cura, al alcalde, a los testigos y a la realización de la estúpida boda.

Yo sostengo que hacen bien.

¿De qué autorización tienen necesidad el hombre y la mujer a los cuales una pasión recíproca echa a uno en brazos de otro? ¿Quién mejor que ellos, por encima de ellos o fuera de ellos posee autoridad para dar un consentimiento cualquiera a la realización de un acto que sólo ellos pueden efectuar?

Olvida usted, señorita, que aquí no se trata de dos niños, sino de dos seres llegados a la edad del discernimiento. Olvida también que no se trata de dos tiernos pajarillos cuyas alas, no bien formadas aún, no podrían lanzarse fuera del nido materno sin grave peligro de perecer, sino de dos aguiluchos ávidos de espacio, provistos de picos y de garras para defenderse y nutrirse y deseosos de alcanzar las grandes cimas desde donde se domina la inmensidad.

Es bastante odioso que, cuando el joven está en condiciones de escoger un oficio o una carrera, los padres se arroguen este derecho, sin apenas consultar la inclinación de los hijos o de las hijas; pero lo es infinitamente más aun que las simpatías y las preferencias de aquéllos quieran hacerse aceptar a los jóvenes cuando se trata de sus más caros e íntimos afectos. Es inadmisible que en los invencibles y deliciosos impulsos del deseo pasional se vean obligados por la ley a dar cuenta de los gustos, de las conveniencias, de los proyectos y de las combinaciones más o menos inoportunas de las familias.

* * *

¿Qué viene a hacer la ley aquí? ¿No se halla ya demasiado extendido su imperio? ¿No son demasiado vastos sus estados? ¿No tiene bastante con anotar nuestro nacimiento y nuestra muerte para tener al día y en orden sus registros de estado civil? ¿No está satisfecha aún con tenernos a su disposición para poder hacer de nosotros lo que mejor le parezca durante largos años? ¿No basta con que vigile todos nuestros actos, todos nuestros pensamientos, todos

nuestros pasos, para que pretenda penetrar en las profundidades misteriosas de nuestro corazón, imponiendo la insolencia, la estupidez y la tiranía de sus prescripciones en el secreto de los movimientos amorosos que nos agitan?

Cadena a romper

Que se someta el trabajo a la servidumbre, que se codifique la propiedad, que se restablezcan entre los ciudadanos líneas de demarcación teóricamente suprimidas por la Revolución de 1789; que el pensamiento permanezca esclavizado y que la ciencia y la riqueza sean acaparadas por algunos privilegiados, es cosa hasta increíble.

Pero lo que excede los límites de lo inconcebible es que, en nombre de principios y de una moral que descansan sobre una metafísica pueril; en nombre de tradiciones y de costumbres que llevan el sello de esta moral y de esta metafísica, se haya osado someter a una reglamentación uniforme e invariable los movimientos inmutables y caprichosos de la fuerza de irresistible atracción de los seres entre sí.

Imponer al corazón una forma de amar y a la carne una manera de entregarse, e introducir en estos fenómenos, lo más a menudo *inanalizables*, detalles de duración, de consulta familiar, de previo consentimiento, de formalidades necesarias y de consagración oficial, parece cosa imposible, y, sin embargo, así es.

Esta clasificación de las cosas que afectan al amor en lícitas e ilícitas, en permitidas y no permitidas, en honestas y deshonestas, es el punto de partida de infinidad de sufrimientos físicos y de torturas morales para todos, lo mismo entre los ricos que entre los pobres, lo propio en las mujeres que en los hombres, así en los hijos como en los padres.

Nadie puede sustraerse a estas conveniencias. Durante siglos, la historia, la poesía, la novela y el teatro se han dedicado casi exclusivamente a reflejar las emocionantes peripecias de las odiseas amorosas. Los corazones se emocionan, los ojos se deshacen en lágrimas ante el relato de esto

secuencias—, de qué sirven todas estas pretendidas garantías, puesto que conducen a resultados tan opuestos de los que deberían garantizar.

Tengo la convicción de que estas manifestaciones no alcanzarán a quebrantar la *fe* que usted tiene en las *virtudes* del matrimonio, ni a hacerla reconocer que si el casamiento no es, para las que se unan por medio de él, garantía de reposo y de supuesta felicidad, se convierte en una insoportable cadena, en una esclavitud tanto más odiosa por ser de aquellas —muy raras ciertamente— a las cuales la civilización contemporánea nos facilita el medio de sustraernos.

Y cuando su razón de usted, señorita, haya realizado un esfuerzo necesario, lleve más adelante las investigaciones, dígnese profundizar este segundo problema: «Si es cierto que el casamiento no aporta la felicidad y la dicha en el amor; si, por el contrario, es tan frecuentemente seguido de lágrimas vertidas y de sangre derramada, ¿no cabe suponer que es el mismo casamiento la fuente de estas lágrimas y la causa de esta sangre?»

Me complazco en suponer, señorita, que al reflexionar sobre el matrimonio no dejará usted de reconocer que las autorizaciones, las legaciones, el notario, el cura, el alcalde, la firma de los testigos y todo el correspondiente trasiego propio de estos casos no han bastado jamás a unir verdaderamente a dos seres que el amor tiene distanciados, como no han evitado jamás el sufrimiento a dos seres que no se guardan afecto.

Siempre inútil cuando el deseo y la simpatía unen a dos jóvenes, es siempre perjudicial e intolerable cuando no se aman o cesan de amarse: he aquí lo que es el matrimonio.

Por lo tanto una cadena que es siempre inútil y muy a menudo peligrosa, DEBE SER ROTA.

¿La extraña, pues, señorita, que me esfuerce en desembarazar a nuestra pobre humanidad, sujeta al mortal peso de tantas otras cadenas, de la que constituye el matrimonio?

* * *

dramas de violencias, de decepciones, de venganzas, de remordimientos, de maldiciones y de crímenes.

Aquí son dos jóvenes que la naturaleza parece haber puesto uno ante otro para amarse, para corresponderse con toda la voluptuosidad del amor, entre los cuales se interponen como barreras infranqueables los convencionalismos del mundo, los odios o rivalidades de familia, los prejuicios de casta, el *veto* paternal; allá, por el contrario, son dos seres que no se guardan el menor afecto, que no se amaron ni se amarán nunca y a los cuales combinaciones más o menos innobles han acercado uno a otro. Obligados al casamiento, la pobre niña, seducida por falsas promesas, habrá de sufrir los efectos de la injusticia y de la hipocresía del mundo, viéndose relegada entre el número de las flores infecundas, estigmatizadas.

La tercera página de los diarios se halla llena de estos dramas del abandono, del adulterio, de los celos que terminan en suicidios, en muertes, en asesinatos.

Y todos estos horrores, no obstante, nada son comparados con las infinitas lágrimas vertidas silenciosamente, con las escenas íntimas, con los tormentos sufridos, con las heridas del corazón conocidas sólo de las pobres victimas.

* * *

¿Dirá usted, acaso, señorita, que este cuadro es en extremo negro, que mi pincel se halla recargado de colores demasiado sombríos?

Si tal hiciese, su dichosa juventud sería la única obscura. No hay frases —a lo menos yo me reconozco incapaz de encontrarlas— que puedan traducir en forma bastante clara y precisa las miserias, los sufrimientos, las vergüenzas que anteriormente esbozo.

Reflexione usted, señorita. Recuerde que son en gran número los corazones que, a despecho de los consentimientos, de las legalizaciones y de las formalidades que acompañan al casamiento, se hallan abominablemente crucificados. Pregúntese a sí misma, de buena fe —sacando después las con-

¿Pero existe el problema de los hijos? ¿Qué va a ser de ellos, inocentes criaturas? ¿Qué será de ellos si suprimido el matrimonio nada obliga al hombre a permanecer al lado de la mujer, ni al padre a estar cerca de sus pequeñuelos? ¡Ah! ¡Pobres abandonados!

Paso a la gran familia

En concepto de las personas sensatas y reflexivas, el casamiento —este peligro de la familia jurídica— está ya juzgado y condenado. No hay institución que sea más combatida a diario por medio de la crítica y de la sátira.

Un solo concepto le conserva alguna simpatía en la opinión: los hijos.

Existe el temor de que éstos sufran las consecuencias de la disolución del grupo familiar de que forman parte.

Señorita, voy a emitir una opinión que, si es usted un poco nerviosa, tal vez la exaspere.

Tomo la precaución de advertirla, para que no me confunda con un vil mixtificador y no abandone la lectura.

Sostengo que el mayor servicio que podría piestarse a los hijos sería el de abolir la familia, pues todos son de ella víctimas; los unos porque no la tienen, y porque la tienen los otros.

Me explicaré. Considero sin familia a todos los pequeños infortunados, ya hayan tenido la fatalidad de perder a sus padres, ya hayan sido abandonados por éstos, ya carezcan de aquélla o se hallen como si no la tuviesen.

Los abandonados y los que no tienen ascendientes, sufren los efectos de la familia porque, persuadidos los padres de que basta con que nada falte a sus hijos para estar tranquilos de conciencia; convencidos hasta de que se harían culpables de una mala acción si aumentasen con la adopción de «un sin familia» el número de pequeñas bocas que han de alimentar y de las partes que más tarde habrán de hacer de la herencia, los padres y las madres se dedican exclusivamente al cuidado de los pequeños que llevan su

apellido, no preocupándose poco ni mucho de los abandonados y de los huérfanos.

Y mientras los hijos que tienen una familia se ven rodeados de atenciones y sumamente acariciados, no hay para los otros ni cariño ni medios de existencia.

Respecto a los que están calificados en el registro con el nombre de hijos ilegítimos, y a los cuales el pueblo califica de «bastardos», no debo esforzarme, puesto que no es necesario, en demostrar las humillaciones y las miserias que se ven obligados a sufrir por un simple hecho al que son completamente extraños, por no haberse unido legalmente su madre con el hombre de quien descienden.

Estas tres categorías de hijos, los huérfanos, los abandonos y los ilegítimos no constituyen, señorita, un número insignificante, sino muy considerable, y sería por demás, no reconocer que sufren cruel e injustamente las consecuencias de la institución de la familia, precisamente porque carecen de ella.

* * *

Pero sería un gran error suponer que, por el contrario, los niños que tienen una familia no sufren por tenerla. También éstos son víctimas de la institución. No sufren, indudablemente, como sus pequeños compañeros huérfanos, abandonados o bastardos, pero sufren asimismo.

Cada familia tiene sus tradiciones, sus costumbres, sus creencias, sus relaciones, su situación social. El niño se ve obligado a conformarse, a someterse, las más de las veces violentando su naturaleza, su carácter, sus aptitudes y sus aspiraciones personales.

La familia es para él una especie de celda erizada de agudas puntas, en las cuales se desgarran a cada momento parte de su carne, de su cerebro o de su corazón. ¿Vivir, pensar y amar como a él le plazca, esto es, de conformidad con su temperamento? Ni pensarlo. En esta atmósfera mefítica, en este medio deprimente vegeta y se pierde miserablemente.

¿Pero existe el problema de los hijos? ¿Qué va a ser de ellos, inocentes criaturas? ¿Qué será de ellos si suprimido el matrimonio nada obliga al hombre a permanecer al lado de la mujer, ni al padre a estar cerca de sus pequeñuelos? ¡Ah! ¡Pobres abandonados!

Paso a la gran familia

En concepto de las personas sensatas y reflexivas, el casamiento —este peligro de la familia jurídica— está ya juzgado y condenado. No hay institución que sea más combatida a diario por medio de la crítica y de la sátira.

Un solo concepto le conserva alguna simpatía en la opinión: los hijos.

Existe el temor de que éstos sufran las consecuencias de la disolución del grupo familiar de que forman parte.

Señorita, voy a emitir una opinión que, si es usted un poco nerviosa, tal vez la exaspere.

Tomo la precaución de advertirla, para que no me confunda con un vil mixtificador y no abandone la lectura.

Sostengo que el mayor servicio que podría pıestarse a los hijos sería el de abolir la familia, pues todos son de ella víctimas; los unos porque no la tienen, y porque la tienen los otros.

Me explicaré. Considero sin familia a todos los pequeños infortunados, ya hayan tenido la fatalidad de perder a sus padres, ya hayan sido abandonados por éstos, ya carezcan de aquélla o se hallen como si no la tuviesen.

Los abandonados y los que no tienen ascendientes, sufren los efectos de la familia porque, persuadidos los padres de que basta con que nada falte a sus hijos para estar tranquilos de conciencia; convencidos hasta de que se harían culpables de una mala acción si aumentasen con la adopción de «un sin familia» el número de pequeñas bocas que han de alimentar y de las partes que más tarde habrán de hacer de la herencia, los padres y las madres se dedican exclusivamente al cuidado de los pequeños que llevan su

Pequeño, es la blanda cera destinada a recibir todas las impresiones que querrán marcarle el padre y la madre, y una vez adulto, o sea a la edad —niña o muchacho— de escoger una carrera o un oficio, ante la encrucijada de la vida, donde se abren ante sus ojos distintas sendas que deben conducirle a múltiples horizontes, no son precisamente sus gustos, sus fuerzas, sus tendencias, sus predisposiciones las que habrá de consultar, sino la voluntad y los proyectos de la familia.

Comerá bien, estará confortablemente instalado, irá a la escuela, al Instituto o al taller en calidad de aprendiz; si está enfermo estará cuidadosamente atendido y sus padres le besarán infinitas veces, prodigándole toda suerte de caricias, pero mediante la condición de que renuncie a sus gustos, a todo lo que le atrae y le cautiva la atención, si ello no satisface a la familia o no se ajusta estrictamente a sus planes.

Y si por fatalidad nace en una familia cuyos padres no vivan en buena armonía, para los cuales el hogar es un infierno, buscando uno y otro, fuera de casa, los consuelos que les son precisos, el niño crece en medio de la tristeza y de la indiferencia, entre un padre y una madre que le tienen abandonado, para los cuales se da cuenta instintivamente de que constituye una carga y un estorbo.

Es incalculable el número de pequeñuelos que viven en estas circunstancias y esta es la causa de que muchos jóvenes se apresuren a desertar del seno de la familia y de que gran número de muchachas sientan impaciencia por evadirse.

Ved, pues, señorita, que para los que tienen una familia, lo mismo que para los que de ella carecen, es aquélla una detestable institución.

* * *

Así, pues, basta de estas pequeñas agrupaciones basadas sobre el casamiento, cuyos lazos descansan en las autorizaciones, las legaciones y las ceremonias oficiales que tan superiores le parecen.

Una sola cosa puede y debe obligar al hombre a perma-

Pequeño, es la blanda cera destinada a recibir todas las impresiones que querrán marcarle el padre y la madre, y una vez adulto, o sea a la edad —niña o muchacho— de escoger una carrera o un oficio, ante la encrucijada de la vida, donde se abren ante sus ojos distintas sendas que deben conducirle a múltiples horizontes, no son precisamente sus gustos, sus fuerzas, sus tendencias, sus predisposiciones las que habrá de consultar, sino la voluntad y los proyectos de la familia.

Comerá bien, estará confortablemente instalado, irá a la escuela, al Instituto o al taller en calidad de aprendiz; si está enfermo estará cuidadosamente atendido y sus padres le besarán infinitas veces, prodigándole toda suerte de caricias, pero mediante la condición de que renuncie a sus gustos, a todo lo que le atrae y le cautiva la atención, si ello no satisface a la familia o no se ajusta estrictamente a sus planes.

Y si por fatalidad nace en una familia cuyos padres no vivan en buena armonía, para los cuales el hogar es un infierno, buscando uno y otro, fuera de casa, los consuelos que les son precisos, el niño crece en medio de la tristeza y de la indiferencia, entre un padre y una madre que le tienen abandonado, para los cuales se da cuenta instintivamente de que constituye una carga y un estorbo.

Es incalculable el número de pequeñuelos que viven en estas circunstancias y esta es la causa de que muchos jóvenes se apresuren a desertar del seno de la familia y de que gran número de muchachas sientan impaciencia por evadirse.

Ved, pues, señorita, que para los que tienen una familia, lo mismo que para los que de ella carecen, es aquélla una detestable institución.

* * *

Así, pues, basta de estas pequeñas agrupaciones basadas sobre el casamiento, cuyos lazos descansan en las autorizaciones, las legaciones y las ceremonias oficiales que tan superiores le parecen.

Una sola cosa puede y debe obligar al hombre a perma-

necer al lado de su compañera y al padre a velar por sus hijos. Esta cosa no es una obligación emanada de la ley sino un sentimiento hijo de la Naturaleza: el Amor.

El amor se burla del Código y de los Tribunales, del magistrado y del gendarme, tan impotentes unos como otros para provocar, lo mismo que para impedir el nacimiento de esta magnífica flor.

Y cuando habrán desaparecido estos grupos pequeños raquíticos, llamados familias, dentro de las cuales se ahogan sus miembros, nacerá y se desarrollará, en un irresistible movimiento de fraternidad, la humanidad nueva que asegurará, por la ley de afinidades naturales y por expontáneo impulso el libre y fecundo ejercicio de la ley de atracción de los sexos entre sí.

Entonces ya no habrá bastardos: entonces todos los hijos serán iguales. Entonces ya no habrá huérfanos ni abandonados. Los corazones se ensancharán invadidos por el inteso amor tan fácil a prodigar a los pequeños, pues la infancia es simpática, graciosa, afectuosa y reconocida.

Entonces ya no se verán muchachos mal nutridos, mal vestidos, incultos y abandonados.

Hoy, todos los niños sufren los efectos de las pequeñas familias, limitadas a algunos agrupados, más bien por el interés que por el afecto.

Entonces todos los niños serán felices dentro de la familia extendida a la humanidad entera definitivamente reconciliada mediante la armonización de las intereses individuales y colectivos.

* * *

Pero la libertad del amor, señorita, forma parte de un todo, del que no puede mermarse ni la más pequeña parte. Esta libertad es parte del conjunto de libertades a conquistar. Respecto a dicho conjunto, para terminar, expresaré mi opinión.

El Comunismo Libertario

Sin duda no supuso, señorita, cuando expuse mi propósito de contestarla, que lo hiciese tan extensamente.

Tampoco lo creí yo.

Pero planteó tantos y tan graves asuntos, tan complexos y delicados, que hube de escojer entre dos extremos: el de ser demasiado lacónico o el de ser demasiado extenso.

Preferí lo último.

Excusadme, señorita, y dígnese aún prestarme por algunos minutos su complacencia de atención.

¿No es necesario que repita, resumiéndolos, todos los problemas que en el curso de esta contestación he debido examinar?

* * *

Ante el espectáculo de las miserias que abruman a la humanidad, de las perplejidades y de las vicisitudes que la atormentan, su corazón de usted, señorita, está invadido por un intenso sentimiento de tristeza.

Lo propio me ocurre a mí. ¿Qué hace usted, entonces, señorita?

Como todas las personas que *creen* en la necesidad y en la fatalidad de las instituciones que nos rigen, no se preocupa en investigar si este conjunto de males, bajo el peso de los cuales gime la humanidad, es imputable a estas instituciones, y sin exámen, sin reflexión se dirige a los que las combaten y a los que trabajan para substituirlas por otras instituciones sociales y les conjura a renunciar a la mala tarea que realizan. Yo me cuento, señorita, entre el número de estos malos obreros, y yo la contesté á usted dando de la propaganda a que me dedico, razones que tengo la pretensión de conceptuar decisivas.

Yo he dicho: Dios es el error y no creo en él; Dios es la mentira y la hipocresía y lo combato; Dios es la religión, y no solamente no consuela, sino que aflige; no solamente no aporta la tranquilidad y la alegría al género humano, sino que ha escrito las páginas más dolorosas y las más sangrientas de la historia; he aquí porque lucho contra la religión.

Yo he dicho: El patriotismo es el nuevo dogma; es, sobre las ruinas de los viejos *Credos* que se derrumban, la Fe nueva, necesaria a los Amos para que conserven las cadenas forjadas por ellos contra los esclavos.

Biblioteca de "Tierra y Libertad"

	Ptas
Vida Anarquista, por A. Lorenzo	1'00
Almanaque para 1914	1'00
¿Por qué somos anarquistas?, por S. F. Merlino	0'10
La Ley y la Autoridad, por P. Kropotkine	0'10
El Feminismo, por Costa Iscar	0'10
Entre Campesinos, por E. Malatesta	0'10
Almanaque para 1915	1'00
Primero de Mayo, boceto dramático en un acto, con prólogo e himno coral	0'10
Por la Enseñanza, conferencia por H. Noja Ruiz	0'10
El Trabajo Noctuno, por J. Hucha	0'10
La Peste Religiosa, por J. Most	0'10
Arlequín el Salvaje, comedia en tres actos, por Delisle de Lachevetière	0'20
Almanaque para 1916	1'00
En Tiempo de Elecciones, por E. Malatesta	0'10
La Anarquía ante los Tribunales por P. Gori	0'10
Contestación a una [illegible], por S. Faure	0'10

Oportunamente se anunciarán nuevas publicaciones.

Los trabajos realizados, a pesar de las contrariedades sufridas, dan idea de lo que puede hacer esta Biblioteca, contando con la benevolencia del pueblo anarquista emancipador.